



# Un retrato de César Vallejo

A SANDRO COHEN

SE LO VE CABIZBAJO, agudo de palabras.  
Su rostro, pensativo,  
con una arruga entre las cejas,  
como soñando patrias en el Sena oscuro,  
mil soles que le faltan para regresar  
de nuevo a su Santiago.

Su traje, estrecho y pardo;  
el gesto, entre los Andes,  
calculando los muros de su celda  
y de su España cruel de niños muertos.  
Un cóndor de tristeza, un pañuelo blanco,  
brillándole en el torso, por el lado izquierdo,  
en donde se levanta  
irremediable su latido.  
Su frente, abierta hacia la tumba,  
clavada entre raíces;  
su yo no sé...! yo no sé...! yo no sé!  
Su pan, quemado en la garganta,  
porque el amor se le concentra,  
su dulce Trilce que florece  
en un largo chirrido de metal,  
la dulce Trilce, que es de sangre  
y nervio tenso y pólvora,  
piedra que cae sobre el lenguaje.

Porque le pesa el mundo,  
su forma de sentarse es de quien mira  
un aguacero entrar por la ventana,  
una mujer que se quedó esperándolo  
sentada sobre el poyo de un atardecer.  
Parece estar izando una bandera,  
un largo abrazo por los hombros.  
Le brilla su temblor moreno  
y su esqueleto que es su voz que crece.

Se ve a leguas que anda pobre sin un sol,  
cargando con su quena al hombro,  
doliéndose en sus uñas,  
mirando el ansia en las aceras frías  
de algún mil novecientos treintaitantos.  
Con esa frente combada por la lluvia,  
con ese enorme anillo y su bastón humilde,  
Vallejo, aquella tarde del retrato,  
se ve que estaba triste como siempre.

## Temo ser

Me destruyo,  
y con la sombra de la pluma y de la mano  
me cobijo de un frío lento  
que no me cobija.  
Me destruyo lento,  
pero no es por ti,  
tal vez por el amor  
que te inventé.  
Sólo es esta noche,  
estos días  
en que mi laberinto  
afila navajas  
que afilo a cada trago,  
sabiendo que no darán solución  
a la noche  
que encuentre  
—me encuentre—  
y salve  
de lo que desconozco  
y temo tanto  
de ser yo  
y salve.



ENTRÉ ENTUSIASMADO para gozar de mi primer espectáculo circense como todos aquellos chavalos sonrientes y bulliciosos. Fascinado ante aquella novedad de exquisita luz, tenue y multicolor, entre animales salvajes y valientes trapeceistas dando maromas mortales por los aires al verse seducidos ante la comparsa de aplausos infinitos. Impetuoso. Mis ojos especulativos se clavaron (en el payaso) cuando el telón principal se corrió tan despacio como sólo él sabe hacerlo. Quedé estupefacto, sin aliento, con el semblante completamente pálido, mis padres preocupados trataron de darme ánimo al explicarme las funciones graciosas e inofensivas de aquel artista circense. No quería escuchar o quizá simplemente no escuchaba. Al incrementarse mi conmoción, al sentir próxima la presencia de ese bufón con risa mezquina, comencé a tiritar hasta quebrar la frágil vara del algodón de azúcar color rosa que sostenía con firmeza con mi mano izquierda. Al saber mis dedos libres, ceñí con fuerza la suave muñeca de mamá y me desvanecí sobre la butaca por completo. Al llegar a casa, sin resistencia física, volví a aquel cuarto tapizado con cientos de rostros maléficos de arlequines desquiciados, a la sala oscura de mis pesadillas pueriles, a la habitación donde cada noche de función la muerte se dejaba sentir con el preámbulo del tétrico rechinar de las bisagras del closet; un crujir cambiante toda vez que las pequeñas puertas de color opacas ceden hasta encontrarse abiertas, y el guiñol, salido de la penumbra avanza con una delicada morbosidad hacia mi pequeña cama infantil, grávida de suplicios, como otras tantas veces lo había hecho. ☺

También padre necesita dormir.  
Está cansado y ya los párpados le pesan  
de haber acumulado gravedades.  
Trozos preñados de mundo  
le nublan la circulación.

Es la dilatada sobremesa del domingo,  
cuando mamá ya recogió los platos,  
el café ya se enfrió y las voces  
lejanas y agudas de los niños  
llenan las pausas de la conversación.

La mano monótona de padre palmea  
y rueda unas migajas y sus párpados ceden.  
Quien tiene la palabra finge no percatarse  
hasta que es inevitable el silencio.  
También papá necesita dormir.

El silencio atento de sus hijos.  
El barullo de sus nietos. La premonición  
de otro sueño y otros silencios,  
lo envuelven como una manta de pismo  
y susto durante su cabeceada.

Dos o cuatro minutos... hasta que  
padre retoma el latido de su mente atenuada,  
y tras de un instante de nervio y desconcierto  
reconoce la escena, siente la tibieza de la cobija  
y olvida la terrible pregunta.

Sus párpados ya aligerados por el *pisto*  
se entornan antes de que nos sacuda  
con el siguiente oráculo... también los héroes se cansan de vivir.



# Lo mate

Ya en una ocasión me había ladrado cuando me vio desde lejos. Recuerdo que ese día me asustó ver a un perro con su bien recortado pelaje negro, de un metro de altura, amarrado por una correa que supuse era fuerte. El dueño que lo estaba jalando era una persona como de 50 años, medio calvo como de un metro sesenta de estatura, aparentemente atlético, vestido con unos pantalones de color verde y una chamarra de color blanco. Como ése primer encuentro fue a larga distancia, sólo pensé en la desgracia que podría ocurrir si el perro quedara libre, pues se veía que estaba entrenado por su manera de saltar y obedecer las ordenes de su dueño. Ese parque me trae muchos recuerdos ya que está cerca de la casa donde vivo desde hace 32 años. Cuando llegué a vivir ahí, solía salir cada mes a caminar y dar unas vueltas alrededor del parque; al tener a los hijos empecé a pasear con el primero y después con los otros dos de manera más frecuente. Incluso llevaba a los amiguitos vecinos, a los que sus papás nunca se ocuparon de llevar a caminar en el campo o ver un partido de fútbol; echar unas porras a los equipos de fútbol americano que cada temporada hacen su mejor esfuerzo por ser competitivos en ese deporte donde las lesiones están a la orden del día cuando los muchachos no están bien estrenados, y aun así. El equipo de los Dragones que todavía sigue al mando de algún heredero de esos gustos, fue durante años mi equipo a seguir; de hecho aprendí a ver

donde estaba la pelota entre ese montón de cascos, manos gritos y quejidos; desde entonces sigo el deporte de las tacleadas cada temporada en la televisión.

Cuando cerraron el club durante el arreglo de la alberca y los baños, regresé a caminar por el antiguo parque que había dejado por un tiempo. La segunda ocasión el perro me volvió a ver desde lejos. Al escuchar los ladridos rápidamente miré hacia todos lados para saber que estaba pasando. De pronto me dí cuenta que era el antiguo perro negro de un metro de altura; mi boca se reseco, estaba como a setenta metros de distancia y empezó a correr en mi dirección ladrando fuerte, arrastró a su dueño por el suelo mientras le gritaba ¡quieto, quieto! pero el perro ya había decidido su ataque y corría hacia su objetivo; su dueño fue arrastrado y cuando intentaba levantarse volvía a caer jalado por la fuerza del perro. Lo único que hice fue mirar con los ojos saltados para todos lados y encontré una vara más o menos gruesa que agarré con todas mis fuerzas. Sabía que no me serviría de nada cuando el perro me alcanzara y me quede quieto, petrificado es la palabra correcta; en ese parque sólo nos encontrábamos el perro negro, su dueño y yo. De pronto quizá

la correa se rompió o el dueño lo dejó libre, nunca lo sabré, pero el perro empezó a correr libre. Rápidamente me acomodé para recibir al perro. Cuando brincó hacia mí le dí un golpe con la vara con todas mis fuerzas y miedo acumulado. La sangre me salpico la cara, el perro retrocedió gimiendo: por un momento alcance a ver que le había estallado un ojo. Siguió ladrando hasta que el miedo ya no me dejó escuchar; la vara se rompió y me quede con un pedazo pequeño. Volvió al ataque y yo le tiré una patada con el pie izquierdo, el perro me atrapó con sus dientes de tiburón; sentí un dolor agudo pero el miedo a ser destrozado me ayudó a intentar safarme. Me tiró y nos revolcamos entre el polvo y la sangre, intentaba pegarle con el pedazo de vara que me quedó en la mano pero el perro no dejaba y volvió a mordermme. De repente sentí unas patadas en la espalda y los gritos que le decían al perro negro ¡mátalo! ¡mátalo! Recuerdo sus ojos despavoridos y delirantes de un loco. Yo tenía la garganta seca por el polvo, los gemidos y el pavor, los ojos inflamados no sé si por el polvo o alguna patada; apenas veía al perro y su dueño. El aire, denso de polvo, se volvió irrespirable, era tal la confusión que el dueño cayó al suelo mientras el perro seguía destrozándome. Las mentadas de madre y los gruñidos del perro negro tenían mi adrenalina al máximo. El perro me soltó el pie para mordermme la cara o las manos, en ese momento le enterré el pedazo de vara en el otro ojo. El chorro de sangre me dio en la cara y algo entro en mi boca. Me quedé ciego y paralizado por un momento. El perro arremetió de nuevo contra mí y entre las patadas del dueño y las mordidas, entre los dos me revolcaban. El perro continuó ladrando y cabeceando ciego para todos lados. Mordió a su dueño

y lo tumbó, se levantó y volvió a patearme. El perro volvió a arrastrarlo por el suelo polvoriento; él le seguía gritando que me matara mientras seguía tirando patadas en medio de la mugre, la sangre y el dolor. La furia, turbación y dolor se apoderó de nosotros; no había diferencia para el perro ciego que ahora no distinguía a quien morder. Teníamos los pantalones rotos y cubiertos de sangre, ya no me salía voz de tanto gemir y maldecir. En un momento de respiro, el dueño tenía la frente en la tierra y mientras intentaba pararse tembloroso pude sujetarlo por el cuello; mientras lo estrangulaba yo le gritaba ¡te voy a dejar ciego como a tu perro! En el forcejeo nuestros ojos se cruzaron en una mirada interminable, sorprendidos, preguntándonos quiénes éramos, por qué estábamos luchando de ese modo, por qué nos desangrábamos. No sé cuánto tiempo estuve colgado de su cuello mientras me escondía en su cuerpo que jadeaba y hacía ruido con la boca; después sólo escuché al perro.

Ahora, después de tres cirugías reconstructivas, estoy en un entrenamiento para caminar con una prótesis en lugar de pie. Mi brazo derecho quedó inútil y estoy aprendiendo a valerme con la izquierda. Quisiera que todos los usuarios del parque hubieran visto como en un coliseo romano lo que sucedió ese día. Estoy seguro que el César levantaría el dedo dejándome vivir. Los visitantes del parque me aplaudirían, serían mis admiradores. Sin embargo, a solas y sabiendo que hice un bien a los paseantes del parque cada día doy gracias a Dios que lo maté. ☺

EE

BOOOOOOO

Descubrirse vivo en constante morir: paso fugaz del asombro a la derrota.

Insolente, tal vez ingenuo, obedecer el impulso y levantar los cansados brazos

para declararse ganador

sólo por haber llegado.

En la cárcel de conciencia hay un vaivén del pasmo al bostezo, de la agonía al éxtasis,

[donde nacen injuria y plegaria, caprichos de angustia y esperanza.

Sonidos de una misma cuerda.

Ya tanta cacofonía mental enturbia decisiones,

esquizofrenia de cargas idénticas.

Pero el trájim y la música no paran.

Allá van

incansables, necias, las redes de fonemas persiguiendo el porqué.

Un destello, falta el aire y se revela:

búsqueda absurda sentido.

Y ya vengo perdiendo la carrera hacia el silencio.

Pero yo no estuve aquí, lo juro por mí.

Sólo una existencia extraña en palabras trazadas de sentido, que nos engañan,

pareciera que en ellas nos salvamos.

¿En el tiempo queda la pregunta?

Dejo aquí lo que escapa de éstas

mis manos de hombre,

lo que resbala de mi lengua mientras me muerdo los labios.

(Queda el animal enjaulado (entre paréntesis) quemando sus berrinches)

Una búsqueda de la poesía no escrita, vivida.

Un espectador asistiendo al milagro, sin reproches.

Eclipsarme en gestos de amor.

Para nunca sentir el abismo alcanzar una fuga sencilla en un sólo tono:

el de la ausencia.

